
CAPITULO XVIII

LOS CIENTÍFICOS PREPARAN SU HORCA.—LAS INTRIGAS DEL PARTIDO CIENTÍFICO.—CAÍDA DE DON JOAQUÍN BARANDA DEL GABINETE.

I

DESDE que al Partido Científico se le metió en el magín ascender á la Presidencia de la república, todo mundo le molesta y á todos intenta quitar del paso, para que no puedan cortarle el vuelo. En esta faena no duerme, pues tal vez se llegó á creer que el sueño puede ser de muerte.

Efectivamente, si al entregarse á la inercia es fácil la muerte, también no es remoto encontrarla cuando hay mucho movimiento. Tantos suelen ser los afanes de la araña por hilar su tela, hasta que cae aprisionada en los tejidos del telar que ella misma fabricó. Esto es de observación continua y de todos los días.

Los científicos han creído—á pesar de ser unos profundos sabios—que en las muchas tramas reside el éxito; siendo, precisamente, lo contrario, apo-

yándose esta verdad en aquel adagio muy conocido: el que mucho abarca, poco aprieta.

Algo parecido les ha podido acontecer á los discípulos de Benn, filósofo alemán de ideas modernas y adecuadas á las de nuestros positivistas; porque éstos beben en las fuentes de aguas turbias, por considerarlas de mayor volumen y mejor peso que las aguas cristalinas. Pero con su avanzada sabiduría y todo, creo que ellos mismos se van preparando el golpe de muerte. Un resultado de estos, tampoco es de extrañarse, pues tiene precedentes en la historia de la humanidad. El que comete un delito en los momentos de ofuscación, una vez pasada la hora del acto primo, al hacer consideraciones sobre lo hecho, es claro, piensa en la inmoralidad de un procedimiento, y, aunque tarde, despierta á la razón y él mismo se aplica el castigo. Y si no se ajusticia así mismo, ningún crimen puede quedar impune; tarde ó temprano, la lógica sucesión de sus actos lo arroja en la hoguera de purgar todos sus delitos. De este último da prueba palmaria el sacerdote Helí, que no supo gobernar á los suyos, creándolos soberbios, altivos y malvados; hasta que, en vista de su debilidad y poco acierto, le vino el castigo, cayendo muerto á los pies del Arca Santa.

De lo primero, da prueba elocuente y grandiosa el Gran Traidor de la humanidad, el que por un beso entrega á su maestro. En un momento de ambición y avaricia, Judas vende á Cristo; por un puñado de miserables monedas entrega á la turba de escribas y fariseos la vida del Justo. Sin embargo, el Gran Traidor reflexiona, ya consumado el crimen;

mide la insondable profundidad de su delito, y, pareciéndole tarde todo arrepentimiento, coge una soga, se la echa al cuello y parece ahorcado de un árbol, por su propia mano.

Judas quiso abarcar tanto, tramó é intrigó hasta donde el espíritu de traición le aconsejó; pero ¿había de quedarse impávido delante de su magno crimen? Cometida la traición, ¿era posible que — por más malvado — la conciencia se quedase serena y tranquila? ¿Qué le había hecho aquel eximio Justo para que él lo vendiese? Antes que mal alguno, Jesús lo sentó á su lado, lo dejó acercarse á Él y darle un beso; desde antes lo había distinguido con el cargo de tesorero, y el Iscariote tenía á su disposición el capital del Gran Profeta y de su corto regimiento. El Dios-Hombre, teniendo derecho para hacerlo, jamás le pidió cuenta, depositando en él plena confianza respecto de la hacienda piadosa de aquella pequeña legión de conquistadores divinos. Y, á pesar de tantas consideraciones, él pone á su maestro á disposición de sus enemigos: lo vende.

Pero un crimen jamás viene solo. Consumada la venta, el discípulo perverso se constituye en juez de su misma causa, y se sentencia á muerte. Podía haber confiado en la suprema indulgencia, en la bondad infinita, en la justicia divina, y esperar el fallo supremo de arriba. Mas la conciencia agitada, el terrible remordimiento, el orgullo satánico, la desconfianza en el perdón, hacen que Judas se aseste el golpe terrible, y perece suspendido de los frondosos brazos de un seco olivo.

Todo lo cual prueba que nada quedará impune,

ni ninguno pasará las fronteras de esta vida, sin antes haber saldado todas sus cuentas pendientes. De lo contrario, ¿qué sería de la humanidad, conjunto de perfidias, asechanzas y ambiciones?

¿No habrán pensado en estas consecuencias los políticos del Partido Científico? Ellos podrán tejer; pero no es difícil que se enreden en la fina tela que van elaborando. Se necesita mucha perspicacia y mayor tino para tramar planes en política.

II

Lo más grave es, que los científicos se han creído que el pueblo comulga con sus falsedades; se suponen que, á estas alturas, cualquiera cierra los ojos ante lo que le pasa, y repite la proverbial frase latina: *accepit, domine*. Y en verdad que, si eso creen, están en un error. En estos tiempos, es muy difícil tejer en la sombra, ni habrá incautos que acepten telas encantadas fabricadas por la escultural mano de la bella Penélope. Todas estas cosas no pasan de la leyenda; el pueblo, ahora, por más ignorante que se le suponga, algo ha llegado á adelantar en el conocimiento de sus derechos constitucionales. El sabe cuándo se le engaña y cuándo se le informa con sinceridad; por lo mismo, las aseveraciones de los falsos mentores le suenan como notas de música destemplada á los oídos.

Podrían cautivarlo con el argentino son de los pesos fuertes; pero con los pueblos no pasa lo que con los individuos aislados: éstos pueden ser sobornados;

aquéllos ... ¡jamás! La voluntad colectiva no admite coacciones, ni es tan fácil extorsionarla; porque la voluntad colectiva se compone de voluntades individuales, inaccesibles á los halagos y dádivas.

No quiero decir tampoco, con esto, que los señores científicos acudan á tales medios; hago la advertencia, por lo que pudiese suceder, ya que el que adelanta en tiempo, gana en fuerza.

Lo que sí es un hecho puesto fuera de duda, que el Partido Científico, engreído en su posición, y vanagloriándose de fuerzas, no pierde oportunidad en tirar flechas agudas contra todos aquellos que juzga como sus enemigos. Las maniobras suben de punto cuando el supuesto enemigo—muchas veces no es tal lo que ellos piensan—es de ciertos méritos y valer; entonces las intrigas palaciegas llegan al colmo, y no paran hasta que se logre el fin perseguido. De esta persecución terrible se ha desprendido que el partido peligra, porque ha faltado acierto y diplomacia en el ataque.

Detallemos.

Habiéndose retirado el señor general don Porfirio Díaz, después del primer período de su gobierno, á raíz del Plan de Tuxtepec, poniendo la administración en manos del señor general don Manuel González, cuya gestión no fué del agrado del país, y con la esperanza segura de volver al poder, durante el receso, estuvo pensando en las personas liberales que mayores sacrificios personales habían aportado á la causa. Entre los personajes que recorrieron á la vista del gran militar é inmejorable gobernante, aparecía la notable figura del licenciado don Joaquín

Baranda, campechano de altos quilates, y que había prestado importantes servicios al Partido Liberal. Desde sus primeros años, se dedicó á la defensa de los intereses nacionales; y, siendo gobernador de Campeche, surgió la difícil y azarosa cuestión de Belice, en la que tomó parte muy activa el señor Baranda. Su gestión en este sentido fué notable, pues la actitud que presentó delante de Inglaterra, le granjeó las simpatías generales de toda la nación.

El señor Baranda, encargado por el gobierno general para estudiar la cuestión y rendir un informe extenso y detallado, produjo éste con un talento asombroso y un acopio de datos, que nada mejor se ha escrito sobre el debatido punto de Belice. Belleza en la forma, elegancia y pulcritud en la frase, lógica profunda en el fondo, aquel informe es una pieza jurídica monumental en la historia del derecho internacional.

Por aquellos años, el señor Baranda había prestado otros servicios al país, de mayor cuantía, y los que hizo en favor del Partido Liberal, no tienen peso ni medida, pues fué uno de los liberales más conspicuos en tiempo del Segundo Imperio. Orador de fácil y galana expresión, de un talento bien cultivado, una inteligencia vasta, su palabra en el Parlamento electrizaba á las multitudes, llegando á ser el parlamentarista de mayor empuje por aquel entonces. Sus ideas exaltadas en punto á libertades individuales, le granjearon el título del «tribuno popular,» y la persecución de los enemigos de la república. Pero, perseguido y todo, el señor Baranda, al decir de uno de sus mejores biógrafos, no cejaba

en sus avanzados ideales en bien del país. A todo trance, velaba por el triunfo de la libertad, la Constitución y la Reforma.

De manera que, apenas iniciado en la política local de Campeche y Yucatán, su fama se extendió por todas partes del país; y desde entonces se consagró á la defensa nacional, con ardimiento y una lealtad á toda prueba, siendo incapaz de intrigas: á la luz del día comenzó á predicar sus ideas, y á la luz del día ha seguido en su credo; porque los hombres del temple del señor Baranda, que sabe tanto de tribuna como de espada, que lo mismo usa el argumento escrito que la fuerza viva para convencer, son incapaces de falsía, y de sus prendas personales y morales necesita el país.

Don Joaquín Baranda, al gran talento y vasta erudición, une una energía á prueba de cañón. Entre los hombres de valer en la república, el señor Baranda exhibe aptitudes singulares, tal vez únicas: él defiendo por vocación sus ideas, dispone de poderosos elementos para ello, porque lleva en la cabeza fulgente aureola de ciencia y en el pecho una coraza de bronce, en donde sólo tienen cabida la gratitud, la nobleza y la generosidad.

III

En la lista, pues, recorrida por el general Díaz, al subir al poder por segunda vez, se encontraba inscrito el nombre del señor licenciado don Joaquín Baranda. Tuvo presente el caudillo de Tuxtepec todos los

servicios prestados á la causa liberal por el señor Baranda, y los indisputables méritos que traía aparejados. Virtud y civismo tenía en demasía éste, para que el general Díaz se fijara en él y se lo trajera al gabinete, á fin de tener una persona de valer á su lado, un colaborador incansable. Por lo mismo, apenas ascendió de nuevo al poder el actual Presidente, se acordó de don Joaquín y lo llamó á ocupar la Cartera de Justicia é Instrucción Pública.

Desde entonces, reelecciones iban, reelecciones venían, y el señor Baranda siempre fiel al jefe que lo trajo. Los trabajos llevados á cabo en la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, durante su estancia en el gabinete, fueron sorprendentes, pues todo el plan de estudios, perfectamente desarrollado hoy, es obra de él. No ha faltado alguno que diga que, sin el señor Baranda al frente de esa Secretaría, nada se hubiera hecho.

Para apreciar más la labor del ministro, es indispensable considerar el estado que guardaba la Cartera de Justicia é Instrucción Pública, al concluir su pésimo gobierno el general González, sea porque á este señor no le favorecieron las circunstancias, sea porque su administración fué del todo mala y no pudo encarrilar por las vías del progreso á la república. Los detalles del caso aquí no precisan; lo que interesa manifestar que, estando en sus comienzos el régimen reformado, la instrucción pública andaba del todo mal en manos de los eclesiásticos. El Estado disponía de poquísimos establecimientos propios, y éstos los constituían infelices escuelas primarias sin dotación alguna y dos ó tres secundarias, radi-

cadas en la capital. Uno que otro Estado de la Federación tenían ya sus institutos de enseñanza superior. Quitando los apuntados arriba, en general, el país no podía vanagloriarse de un sistema completo de instrucción pública.

Recórranse las estadísticas escolares, y se verá el número de alumnos que había entonces en las pocas escuelas del gobierno. Resultando de esta deficiencia que el número de habitantes que sabía leer en la república era tan corto, que podíamos considerarnos en una proporción inferior á cualquiera otra nación civilizada. Y si es cierto que el clero tenía escuelas, éstas no prodigaban una instrucción vasta; se reducía su sistema á una forma tan antigua como la fundación de la raza latina. De consiguiente que en las escuelas—también eran pocas, pues se reducían á los seminarios—del clero no se podía sacar muchas ventajas para el pueblo; dando por resultado un crecido número de analfabetas que no sabían escribir ni su nombre.

A nadie se le ocultaba ese estado de cosas. Un pueblo ignorante no es capaz de nada; hay que instruirlo para que conozca sus derechos, y sepa alegar sus privilegios constitucionales. De ahí provenía que de los habitantes del país muy pocos eran los que podían apreciar la forma de gobierno reformado: cuando se promulgó la Constitución de 57, todos la calificaron de utópica y atentatoria á los derechos del ciudadano, cuando, precisamente, defendía esos derechos y sus tendencias son amparar al ciudadano. Y es que el pueblo era muy ignorante, estaba muy lejos de poder comprender los bene-